Mi monstruo



Alberto Domínguez Ávila

MI MONSTRUO

Y lo que evita, lo habita

Mi monstruo es el dueño de la invisibilidad. Y sí. Nació conmigo, y podría decir que es de mi tamaño y a veces más grande. Aparece y desaparece. No lo conozco tan bien como quisiera, porque como lo puedo ver poco… Aparece de pronto y entonces sí puedo luchar con él. La mayoría de las veces me habita. Parece que su reino soy yo y su trono… bueno, su trono deambula con él. Si es que es un rey, no tiene súbditos ni territorio visible. Bueno, lo dije mal: su territorio soy yo. Las veces que lo he visto he peleado contra él. Algunas veces he ganado yo. Otras él, y la consecuencia ha sido el exilio. El exilio, suena rarísimo ahora que lo escribo. ¿Cómo es que te puedes exiliar de ti mismo? Pues justo ese es el talento de mi monstruo. Logra exiliarme de mí con una maestría que le han dado los años de conocerme. De habitarme. Me conoce más a mí que yo a él. Parece que el monstruo es celoso del espacio. Sobre todo de la cocina y la recámara. Jajajaj es un decir. La cocina es el lugar en donde me gusta estar, cocinando letras, imágenes y locuras antes de que vuelen. Y la recámara es el lugar íntimo donde sueño al amor. Esos lugares los acecha constantemente. Su lugar favorito es el baño. Ahí no me molesta. Así que paso más tiempo intentando mirarme al espejo y desechando, que en mis lugares favoritos.

La batalla que más me dolió fue cuando estaba más distraído. En la cocina había tantos ingredientes buenísimos que recolecté por años. Los tenía ahí para un momento especial, y solamente estaba esperando a que monstruo no apareciera. Pero no sabía bien en dónde estaba. Así que tomé mis ingredientes y los mezclé con mucho cuidado, metodología y rigor, y mira que eso me cuesta. Entre el ir a la cocina y el soñar en la recámara logré cocinar la creación. Espectacular. Estaba yo tan contento de obtener esa joya que no tuve más opción que pensar en todo lo que me daría. Y sí, pude presentarla. El monstruo no sé dónde andaba que no me molestó por un tiempo. Yo mostré mi joya e incluso recibí varios reconocimientos por ella. Papelitos con felicitaciones que colgué en la sala, y dinero para comprar cosas para mi piel y panza. Pero, sobre todo, esa joyita me había dado una fórmula: la de la gran receta. Creí que con ella podría expulsar al monstruo de mi casa. Incluso, llegué a pensar que la joya era tan poderosa que lo había deslumbrado o algo así, y se había marchado ya, para siempre.

Pero este monstruo mío es un maestro. Un doctor en su ramo. Cuidadosamente, me ocultó la joya y modificó la gran receta. Y entonces cuando regresé a la cocina, tomé esa receta modificada, y sucedió lo que no esperaba. No obtuve otra joya. O sea, sí obtuve una, pero esta era más bien de cristal. ¿Qué efecto produjo? Pues imágenes de mí proyectadas hasta el infinito. Solo que los cristales estaban un poquito cóncavos. Apenas y se notaba. Qué buen trabajo había hecho mi monstruo. Me había hecho poner los ojos sobre una joya que parecía buena y no sé si lo era del todo. Igualmente, con mucho orgullo salí al parque a mostrarla. Pero para mi sorpresa, esta joya o cristal o lo que haya sido, no me dio lo que esperaba. Esa fue la gran trampa. ¡No me dio lo que

esperaba! ¿Y qué me tenía que dar? Pues lo mismo que la otra joya. Por lo menos: diplomas para mi pared, dinero para mi panza y expandir la gran receta. Pero estaba cóncava. Y yo me proyectaba hasta el infinito, y en cada proyección, lo cóncavo hacía lo suyo. Me deformaba. Esa es la maestría de mi monstruo. ¡Me conoce tan bien! Yo reaccioné a mi manera: simple. Perdí las llaves de la casa. Y cuando quise entrar, él apareció en una ventana. Movía su manita saludándome. Sí me enojé. Me dio la rabia. ¿Cómo podía haber sido engañado? Vi la joya, vi el truco y me enfurecí tanto que la apreté entre mis manos y la rompí. No tengo que decir que me corté la mano y terminé en el hospital, para que me cosieran.

Regresé con toda esa furia dispuesto a quemar la casa si era necesario. Y sí lo intenté. Hice de todo, hasta sitiarlo por ver si así huía como las ratas. Comí hasta engordar y no poder ver mis pies. Le metí humo para que se asfixiara. Le puse mucho veneno negro. Lo expuse al calor sofocante y hasta me tomé unos brebajes que me dieron unos brujos para atarantarlo. El sitio, según yo, estaba funcionando.

—Lo voy a poner en serios aprietos. Me voy a sentar aquí, en el quicio de la puerta, para tenerlo a la mano cuando salga.

Ahí me quedé años, esperando a que monstruo saliera para darle una paliza. Años que, con la distancia, sentí pasar como si hubieran sido segundos.

Un día sin razón aparente el monstruo cambió la chapa de la puerta. Puso una electrónica de 8 dígitos. A estas alturas de la tecnología, creo que ya no quería usar llaves y, tal vez, se cansó de vivir en una casa sin comodidades. ¿Quería la casa digital y por eso cambió la chapa? No lo sé. Lo que sí sé es que me dejó una oportunidad. El monstruo es bueno en unas cosas, pero en esta, no. En esta es predecible. Yo también sé varias cosas de él, y sé que su memoria no es tan buena. Así que seguramente tendría que poner un código fácil para poder recordarlo. Entonces dije. Ya sé. Son los 8 números que nos tienen enlazados: 08081968. Y sí, sí era.

Abrí la puerta después de tantos años de ausencia, después de años de exilio. Volví a entrar en mi casa. Estaba muy cambiada. Los papelitos que conseguí con mi joya ahí estaban, pero ahora con lucecitas. El monstruo estaba sentado en el sillón patas pa arriba. Se dejaba ver. Estaba triste. Cuando me vio se me acercó y al hacerlo yo sentí un deseo de abrazarlo… y eso hicimos. Fue un abrazo lindo pero extraño. Abrazar a tu monstruo no es lo más normal. Creo que estábamos locos. Igualmente no es que se me quitó el coraje y perdoné totalmente lo que hizo. Él solo me dijo que me extrañaba. Nunca lo había escuchado. No es que su voz fuera inaudible. Yo creo que no hablaba porque el acecho es mejor en silencio.

—Yo quiero vivir aquí —le dije.

Él me contestó: —Me sentía solo.

—Pues esta es mi casa.

—También la mía —me dijo.

—Madres. Sí es cierto. —Reconocí eso. Esa también era su casa.

—¿Cómo mierda pasó eso?

—Pues así nacimos.

Aceptarlo o seguir peleando.

—Te prometo —me dijo— que voy a seguir haciendo lo mismo.

—Jajajaj. Qué linda promesa —le dije.

—Tiene sus ventajas. Ya sabes qué hago y cómo lo hago, así que ¿podrás vivir con eso y conmigo?

—Entiendo.

Además, ya tengo una ventaja. Ya tengo la combinación de la puerta, pensé.

—Acepto —le dije.

Corrió a la cocina muy contento y me dio una taza de chocolate.

—Mi nueva receta —me dijo. Lo probé, estaba exquisito. Nos vimos a los ojos, y luego regresó a su naturaleza.

Ahora me siento en la recámara, cocino en la cocina tratando de realizar mis recetas. Algunas quedan bien. Otras muy mal. Y de vez en cuando mi monstruo y yo nos sentamos a tomar chocolate y a reírnos de todo lo que pasa en la casa.

———

Muchas gracias por leer, lo aprecio mucho.

Si te dan ganas de contarme qué te pareció, puedes responder este cuestionario o dejarme unas palabras en el buzón de mi casa: albertodominguez.mx/buzon/

Y si crees que a alguien más le gustaría este cuento, me dará mucho gusto que se lo compartas.

Más cuentos, poemas y obras en albertodominguez.mx

Alberto Domínguez

© Alberto Domínguez Ávila, 2026.
Se permite compartir este texto completo, sin modificarlo y con el nombre del autor.